

Soy, al final

Podría ser un animal.
Un vegetal.
Una persona. Un dibujo.
Una piedra o una neurona.
Podría ser un poste
que sostenga un largo cableado
y alcance a muchos la luz para poder mirar.
Podría ser muchas de estas cosas.

Pero no lo soy.
Podría ser un llamado telefónico,
un abrigo para el invierno,
una silla para el agobiado,
una vereda para el peatón.
Pero no lo soy.

No porque no pueda serlo,
sino porque elijo no serlo.
Podría ser tantas cosas,
y sin embargo hoy elijo ser solo una.
Una sola. Sí.
Pero que al mismo tiempo
puede ser muchas cosas.

Soy ese abrazo.
Un abrazo apretado.
Un abrigo al alma.
Un pañuelo para el más pequeño
Y por qué no, para el más adulto.
Un andamio para el necesitado,
un trozo de tela perfumado,
derechito y de muchos colores.
También podría ser negro,
con agujeros que guardan desde una moneda
hasta un marcador.
Soy esa porción y extensión de un rostro alegre
que al verme llegar
se funde en mi saludo.
Muchos me reconocen
cuando por varios lugares ando,
soy inconfundible,
llevo el sello del amor,
la acción de agacharse,
el gesto de abrazar.
Soy la mano que limpia aquellos rastros de
gelatina
que caen de algunos orificios;
del agua de esos ojos cristalinos;
de la sonrisa que va desde el medio metro
hasta el metro.

Sí, así soy yo. Esa soy yo.
Convertida en un trozo de tela
que mira, sostiene, acaricia, acompaña, limpia.
Soy ese trozo dispuesto a colgarse
sobre los hombros de alguien,
A prenderse en su cintura para no soltar
ninguna de sus funciones.
Soy un "pintorcito"..
Y así me conocen en el Jardín.

María Cecilia Moreno

Jorge se pone como un tomate. Un blandito
tomate perita. Yo lo agarro y le pongo sal,
tomatito de mi corazón, Jorgito rojo. Sal le
pongo, para que tenga la mente en blanco,
Jorgito, de mis delicias Jorge, que le digo fuego,
rayo, relámpago, tijeretazo de luz, calefón y
otras palabras calientes, y Jorgito las escucha
porque se las digo de cerca, en su oreja de
tomate se las digo, y le quemo el cerebro.
Tomate descerebrado y bonito que me mirás
desde la mesa de piedra, voy loco por vos, te
voy a hacer vivir a cuerpo de rey, descerebrado
de porquería, hermoso mío, carnoso tomate te
siento en el trono de la cocina, te elijo a vos de
entre todo el reino gastronómico, oh, panes y
tortas, sin ustedes soy, despréndome de sus
voluptuosidades porque a vos, tomatito que
te busco, nadie más te va a lavar el cerebro,
sólo yo, mía es toda el agua que te toca, Jorgito,
las semillas, las neuronas coloradas, tenés la
mente en blanco, por eso me gustás, tomatito
zen, te parto al medio con mi deseo y, medio
muerto, medio vos te alzo y te pateo para
arriba y medio vos, medio muerto, ahora está
en las nubes, vive lejos de casa, así puedo
extrañar una parte de vos, no te tengo todo,
Jorgito, te deseo y te pierdo siempre, cada vez,
que es de lo que vivo.

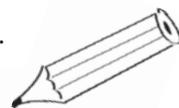
Mauro Guzmán



JUEGOS CORDOBESES DE LITERATURA

Taller de Escritura de Invención de sede Villa María
Lugar de encuentro Escuela Normal Superior "Víctor Mercante"

Acción organizada por la DGES
en el marco del programa Rumbo al VIII CILE 2019.



Ana mide lo que come, lo que ríe, lo que ama, lo que odia. Su alma no sana. Sin paz ni amor. No ama, no vive. Solo mide, una taza de paz, dos de amor, mil de odio. Es como un muro duro su vida. Huye de todo. Se mide y no está en paz. Mira el óleo azul que tiñe una nube. El sol pasa. Mira por casi una hora. Allí, alto en esa nube de paz, sola, ella reza. Se para y ya no mide. Cede a la luz. ¡Por fin! loca y no tan dura, deja todo lo vano. Ya no mide. Sólo ama. ¿Mide el amor? No, eso era ayer. Hoy ya no.

Yenhy Montiel

Ejecutado el sucio desgarró
de tu coraza moral,
acontecido el brutal nacimiento
de mi frondosa alegría.

Aquellas silenciosas paredes,
ancianas pulidas en marfil,
resguardan el jugoso recuerdo
adornado con tu música celestial.

El brutal amarillo de tu boca,
aquel sol bendecido,
padre ancestral
de mi lujuria mortal.

Bebo el grave vino del ayer
abrigado en la intemperie de tu cariño oscuro
y se escurre el pálido temor
de que se vuelva frío.

Thomas Schirmer

Evangelina Ramírez despertó en el jardín en un lugar que no pudo reconocer con mucha facilidad. Enseguida, escuchó el crujir de ramas y el viento que la ondulaba y movía lentamente. Así, sin dudarle, supo que -otra vez- comenzaría una nueva tarea.

Desde que la habían cambiado de maceta a una más resistente a las propias raíces, que inevitablemente, nacían; Evangelina no paraba de mudar de lugar en la casa de sus dueños.

Su cuerpo, un tronco joven y fuerte comenzó, hace días, a dar signos de que la primavera comenzaría a atravesarla y nutrirla.

El trabajo de Evangelina desde que llegó a la casa fue, sencillamente, resguardar del sol a las pequeñas y débiles flores que rodeaban el cantero junto al pasillo. Pero Evangelina crece -quiero decir- su cuerpo, esas largas ramas que le brotan a los extremos y como todo en la vida debe mudar o ser mudado para cumplir, de alguna forma, una función.

Ahora, reubicada en el espacio del hogar, Evangelina, arbusto mayor, es quien nos dará una calma sombra junto al ventanal.

Natalia Mana

Un rayito de sol

Rayito de sol, que empape tus pupilas los días de corazón nublado,
un rayito de sol que abrigue el espíritu de los desamparados,
un rayito de sol que se acurruque en la calma de los abandonados,
un rayito de sol que ilumine lo más profundo del hado.
Un rayito de sol que le saque lo dulce a lo salado,
un rayito de sol por la enredadera de tu lucha, filtrado.
Un rayito de sol que caliente las manos de los desarraigados,
de los que alzan la voz del pueblo desesperado.
Un rayito de sol para los desesperanzados,
para la calidez del alma de los desentendidos.
Un rayito de sol que quiebre en el cristal de la encomienda.
Un rayito de sol que arrope a todas las que ya no están y empiecen a brillar.
La luz que vislumbra el costado de las tinieblas.

Sol Nespolati

